

Una luz en Villa-apagada

Antón Marquiegui fsc., abril 2016

Érase una vez una villa risueña, la gente se conocía. Cuando se cruzaban con alguien lo saludaban y la otra persona le sonreía y le devolvía el saludo.



- ¡Adiós, María!
- ¿Cómo me le va, Felipe?

Ella conocía a todos los habitantes de la villa. Todos le ayudaban. Había quedado, María, viuda y sola.

Y así era con los que pasaban necesidad en la villa. Daba gusto vivir en esa villa.

No se sabe ni cómo ni cuándo el señor Baudilio, un vecino, amaneció malhumorado y sólo veía defectos. Renegaba de todo y de todos. Parecía que todo le molestaba y quien se cruzaba con él salía herido. Y poco a poco, como por contagio, la gente dejó de saludarse, ya no se acordaban del nombre de los demás vecinos. Ahora no decían: “María”, “Felipe”, sino “señora”, “muchacho”, “parcero”, y otras lindezas. Empezaron a sentirse extraños y con el tiempo veían un enemigo en cada persona con la que se cruzaban.

El ambiente se iba haciendo más pesado. Tanto que la villa se vio envuelta en unas nubes color plomo de día y de noche. Ni el sol ni las estrellas se veían, ni se sentían. Había frío en la villa. Esta villa no es lo que era antes. Algunos vecinos hasta olvidaron qué era el sol y qué las estrellas. Sólo conocían una villa apagada.

Matilde recordaba lo que el abuelo le contaba sobre el sol y las estrellas y de cómo era la villa bien bonita y en la que toda la gente vivía feliz y sonreía.

En la mañana se asomaba a través de la ventana de la cocina. Por ahí decía el abuelo salía el sol. Pero nada que aparecía. Antes de acostarse revisaba por los lados del naranjo si veía la luna, o alguna



estrella, aunque fuere solo una. El abuelo nunca le había mentido, por eso todas las mañanas y todas las noches Matilde esperaba algo.

Justo el día de su cumpleaños se le alegró la vida en la fiesta que le prepararon para celebrarlo. Era hora de apagar todas las doce velas de la torta, aspiró con ganas y tuvo cuidado de soplar con buen aire y apagar a todas, menos a una.



- Es que no me gusta quedarme a oscuras, no quiero una villa apagada. Yo quiero una villa iluminada y feliz para todos.

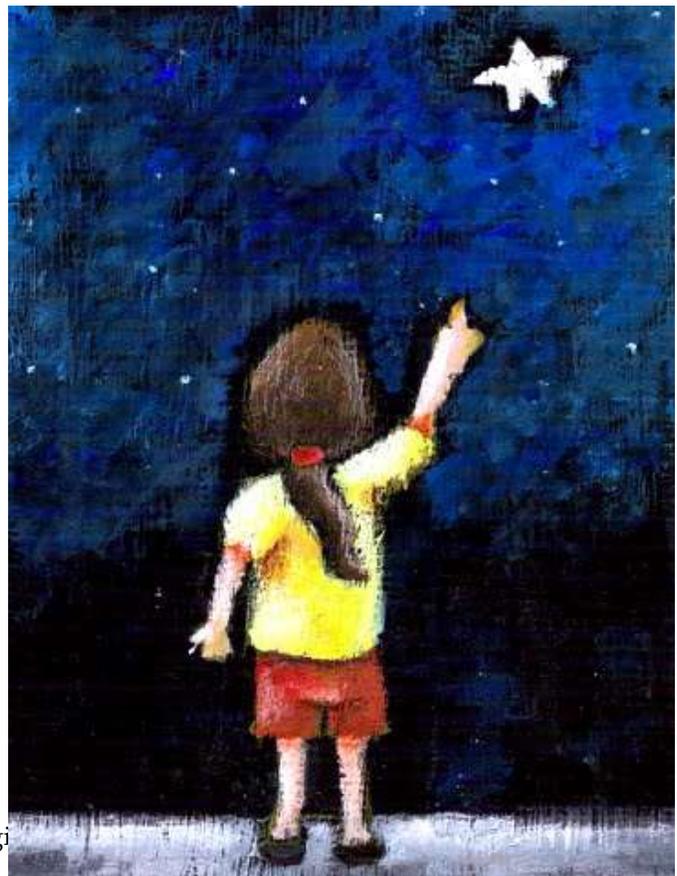
Muy a pesar de Matilde, la última velita se consumió y se apagó.

Salió triste hacia el naranjo a través del cual siempre atisbaba si aparecía alguna lucecita en el horizonte. Y, ¡oh, sorpresa! una nube oscura como la boca de un lobo se fue abriendo por la mitad, de a poquito. Y dejaba ver poco a poco una luz que se hacía cada vez más brillante. Llegó un momento que tanta luz le cegaba la vista. Necesitaba taparse con la mano los ojos para irlos abriendo, suficiente para ver pero no demasiado que le hiciera daño.

Y a donde iba Matilde la cara le brillaba. Y parecía otra estrella, tanta era la luz que había recibido. Ella sabía dónde estaba la estrella que le llenaba de vida.

Todos los habitantes la miraban y se alegraban. Volvió la felicidad a la villa. Regresaron los buenos modales, la gente empezó a llamarse por su nombre.

Cada noche llegaba más gente junto al naranjo, y Matilde contenta señalaba con el índice de su mano derecha hacia el horizonte.



- Miren, vean allí, entre el naranjo y el aguacate. Allá está la estrella que ilumina y nos cambia la vida.

Y se le iluminaba el rostro y todos sonreían. Algunos veían la estrella, y también sus caras cambiaban y a donde iban reinaba la alegría y la armonía. Empezaba a convertirse otra vez la villa en Villa-iluminada.

Una noche llegaron unos señores que decían ser importantes, y se lo creían. Con mucha autoridad e intimidando a Matilde le reclamaban.

- ¿Vos quién sos para alborotar a la gente con esa dichosa estrella?
- Yo no soy nadie, sólo soy Matilde, y si quieren les muestro por dónde se ve la estrella.
- No nos interesa la estrella, dinos quién sos. Es lo único que nos interesa.
- Ya les dije que no soy nadie, sólo Matilde.



Un bobito, que siempre hay uno por lo menos en cada pueblo, llegó una noche y sacó una foto de Matilde. Pero antes le dijo:

- Quiero sacarme una selfie contigo.
- Y ese cuento a qué viene, decíme, bobito.
- Es que eres muy famosa. Toda la villa habla de ti y de tu alegría.
- ¿Y la estrella?

El bobito se le quedo viendo fijamente al dedo índice extendido hacia la estrella. No dejaba de ver el dedo desde uno y otro lado.

Y ni tan bobito era, porque no se cansaba de imprimir la foto de Matilde, y la vendía y la vendía. Hasta que en todas las casas estaba la fotografía de ella enmarcada junto con los recuerdos más importantes de la familia.





Apareció el señor Ignacio Paperoni, investigador muy famoso, y le midió a Matilde su altura, el peso, sus medidas; del naranjo la altura, el peso de los aguacates. Averiguó hasta a qué se dedicaban la mamá y el papá antes y después de la aparición de la estrella. La pobre Matilde ya estaba fastidiada por tanta preguntadera. Hasta cómo se vestía el abuelo cuando le hablaba del sol y de las estrellas. Matilde no sabía que el señor Ignacio lo único que quería era publicar algo que saliera en

la prensa. Y así al tiempo apareció un trabajo suyo titulado: *“El impacto social de la iluminada de Villaapagada”*. Tampoco le interesaba la estrella. Inventó una asignatura de *“Matildología aplicada”* que era obligatorio ganarla para entrar a la universidad de la villa.

Se murió Matilde en olor de sonrisa.

“Era una santa” decían los vecinos y muchos querían saber dónde había nacido y dónde había vivido. Y se llenaron las casas con sus fotografías y biografías. Hasta peregrinos llegaban para saber de ella.

La villa se fue oscureciendo nuevamente.

Y la gente ni se saludaba ni sonreía.

Sin embargo, algunos habitantes de la villa, recordaron que de niños con Matilde habían visto la estrella.

E invitaban a sus amigos al naranjo en el día de sus cumpleaños.

